

## De la acción oratoria en el púlpito del siglo XIX

JOSÉ RAMOS DOMINGO

*Universidad Pontificia de Salamanca*

Una adecuada profundización de nuestra predicación sagrada quedaría sin ajustarse debidamente si no dirigimos nuestra atención y mirada hacia el instante y proceso en el que ésta tomaba vida y corporeidad en el momento de la acción oratoria.

No basta, pues, para comprender todas las “sonoridades” de nuestro sermionario, el limitarnos solamente a la lectura de sus textos, ya que en dicho quehacer, al final, nos faltaría por “escuchar” su mejor parte. Hablamos aquí, de la voz y el gesto, es decir, de lo que en un instante fue vida y difícilmente puede transcribirse al papel ni menos aún superar la prueba de la imprenta.

No, no se puede traducir en una página todo el rico lenguaje de las cadencias, flexiones, ondulaciones y sonoridades varias que a lo largo del tejido del sermón habían de hacerse y tratarse en solícita convocatoria de preceptiva.

Cicerón, en su *Orador*, ya lo apuntó y reseñó como la parte más sugestiva del discurso, llamándola *elocuentia corporis*, pronunciación toda del cuerpo humano que demandaba en su ejercicio la oportuna conjugación de la voz y el gesto, gesto que nunca debía desamparar ni dejar de auxiliar a la entonada palabra vertida en el motivo, el periodo o la dilatación.

Así, pues, antes de comenzar el sermón, y en ineludible requisito, todo predicador debía haber previsto una serie de circunstancias y protocolos. Era el caso, en primer lugar, del conocimiento y estudio de la disposición y fábrica de las iglesias, comprobando la altitud y amplitud de sus espacios; necesaria y natural inspección que en el reconocimiento, sobre todo de la nave central, ayudaban al predicador a saber acoplar adecuadamente la voz a las características físicas del lugar.

Y en este recuento, la celosa observación del predicador debía reparar con sumo cuidado y detenimiento en el sitio específico donde había de ejecutarse y atacar el sermón. Era, pues, menester, mirar y estudiar la disposición de los púlpitos: posición, altitud, fabricación, escaleras, dimensiones de la barandilla y, sobre todo, su tornavoz<sup>1</sup>. Según la tratadística, para que el púlpito cumpliera debidamente su función debía cumplimentar las condiciones siguientes: *que fueran de madera, porque la piedra y el mármol eran poco sonoros, el hierro colado tal vez lo sería demasiado, y ambas a dos materias, siendo frías terminaban por prestar un pobre servicio al orador*<sup>2</sup>. En lo que se refería a la altitud, el púlpito se aconsejaba *que fuera elevado, de diez a catorce palmos, según la capacidad de la Iglesia*<sup>3</sup>. La barandilla, antepecho o pretil *debía tener de cinco a cinco y medio palmos de altura, con el borde llano, ya para no lastimarse el predicador, dado que en el calor de la predicación diese algún golpe, ya por si tuviese que poner allí una luz o el bonete*<sup>4</sup>. En cuanto a su ubicación, aseveraba la preceptiva, que no había que colocarlo en medio de la Iglesia, sino que había de estar una o dos columnas más cerca del altar mayor que de la puerta<sup>5</sup>; añadiendo, que en los templos pequeños que no tuviesen

<sup>1</sup> No perdiendo de vista el mandato de la preceptiva, y si a los púlpitos españoles nos remitimos, podemos decir que a lo largo y ancho de nuestra Península no se siguió una normativa común de fabricación para todos ellos. En efecto, muchos se erigieron sin tener en cuenta las características acústicas del lugar y, de igual manera, su ubicación, posición y altitud, no fue generalmente en su realización final la más adecuada; de ahí que muchas retóricas o estudios decimonónicos al respecto se quejaron de todo ello. Cf. José Mach, "El sacerdote anunciando la Palabra de Dios", en *Tesoro del Sacerdote o Repertorio de las principales cosas que ha de saber y practicar el sacerdote para santificarse a sí, y santificar a los demás*, Imprenta del Heredero de José Gorgas, Barcelona 1864, 771.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*

cúpula, uno de los lugares más apropiados y ventajosos para su ubicación era la primera columna del presbiterio<sup>6</sup>. Finalmente, se aconsejaba que el tornavoz *estuviese a la altura de once a trece palmos, contando desde el suelo del púlpito, teniendo la superficie del techo plana, y si tuviese molduras que fueran de madera*<sup>7</sup>.

Asentados todos estos apuntes protocolarios, la preceptiva retórica, entonces, dictaba la normativa de la correcta “pronunciación”, apartado que señalaba en natural conjunción el ejercicio oratorio de la voz y el gesto.

Y en cuanto a la voz se refiere, en primer lugar, se avisaba al predicador de no caer en el desagradable vicio de la monotonía, inadecuado ejercicio de la pronunciación del sermón con un mismo tenor de voz. Vicio parejo a la monotonía era el tono de afectación lacónico, quienes empleando un cansino ritmo de languidez y sin ninguna variación, parecían más llorar o lamentar el sermón que decirlo<sup>8</sup>. Avisaban igualmente aquí las retóricas a todos aquellos predicadores que no sabiendo ser “señores de su tono” y no gustándoles el timbre de su voz, y al igual que actores y comediantes, no tenían ningún reparo en engolar, empastar o enhuequecer la voz. Todas estas copias forzadas y mal avenidas eran tildadas por los preceptistas como indicios de soberbia y excesivo amor propio en todos aquellos que las seguían o imitaban. De semejantes remedos, atentas y no poco complacientes, las retóricas se hacían eco y daban fe de tan desagradables imitaciones:

(...) que es menester guardarse del deseo de imitar a los predicadores que pasan por los más excelentes. Se puede bien tomar de ellos lo que se acomoda a nuestro modo de sentir y decir; mas quererlos remedar en todo, renunciar lo que uno es por desear ser lo que ellos son, estudiarse seriamente a tomar su tono es hacerse ridículo; y es una afectación indigna de la Palabra de Dios, y que los oyentes castigan casi siempre con una sonrisa burlesca. Porque vale más ser mediano en su género, que copia desfigurada de un buen modelo<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Id.*, 772.

<sup>8</sup> Cf. José Ramos Domingo, *Retórica, sermón e imagen*, Publicaciones UPSA, Salamanca 1997, 251.

<sup>9</sup> Miguel Pratmans, *El camino del Púlpito, mostrado por el superior del seminario en un curso completo de Predicación. Por el Doctor Don.-, Pbro. y catedrático de*

Todavía ocupados en el ejercicio de la voz, igual condena tenían aquellos predicadores que aún conservaban la antañónica moda de la excesiva entonación del sermón, entonación que llevaba a muchos oradores de púlpito hacia el camino del recitativo, a otros por el de la declamación, y a no menos por el de convertir finalmente su predicación en un auténtico sermón cantado. Si nos ajustamos a la voz de las retóricas decimonónicas, varias son las que detectan el mal y de ello extensamente nos hablan<sup>10</sup>, extendiéndose dicha moda de “cantor-predicador”, incluso, a las predicaciones de principios de siglo XX:

(...) ha de desterrarse, por completo, de la oratoria esa especie de canto mal interpretado, y esas modulaciones y acompasadas cadencias con que indefectiblemente dan fin, algunos, a las frases, cláusulas o períodos<sup>11</sup>.

En fin, para las retóricas, una buena pronunciación en la voz era absolutamente indispensable al que pretendía dedicarse a la práctica de la oratoria, entendiéndose por buena pronunciación la clara, distinta y completa articulación de todas y cada una de las palabras, sílabas y letras, con el debido reposo, convenientes pausas, acentos y demás signos, conformes con los sentimientos e ideas que esas mismas palabras significaban o manifestaban.

Así pues, para que la voz fuera bien conjuntada debía escucharse primeramente “clara” en las palabras, en las sílabas y en las letras; seguidamente, ésta, tenía que escucharse con “naturalidad”, alejándose de todo lo forzado, imitado o fingido; posteriormente, sumo maestro en el dominio de la voz, era el que sabía ejecutar de manera natural la “variación” en las flexiones, tono, cadencias, acentos y signos ortográficos; resumiéndose todo ello en la llamada “proporción” de la voz que siempre iría emparentada con la idea, sentimientos, afectos, auditorio y lugar.

---

*Escritura y de Oratoria Sagrada en el Seminario Conciliar de Solsona*, Jorge Gorgas, Barcelona 1854, 104-105.

<sup>10</sup> Cf. *Id.*, 420: *Es menester usar la voz que cada uno tiene y no usar tonos declamatorios*; y también José Mach, “Tesoro del sacerdote”, *op. cit.*, 747: *no subir al púlpito a halagar los oídos con períodos sonoros y acompasados como los que tañen el laúd*.

<sup>11</sup> Jesús David Alejaldre y Villar, *Guía del Orador que puede servir como libro de texto para los jóvenes que estudian la carrera eclesiástica y quieren dedicarse a la oratoria del púlpito*, Editorial Seráfica, Vich 1924, 136.

Pero si importante era la voz en el fluir de la predicación, no menor relevancia tendría igualmente el gesto. En efecto, la preceptiva retórica siempre consideró la acción oratoria de la expresión corporal como uno de los pilares que daban vida al lenguaje del predicador; sin ella, dejaba de tener “pulso” la dinámica del sermón. Rostro, mirada y gesto, debían, pues, conjugarse en armónica y natural unión al discurso de quien hablaba; de tal manera que una requerida mala acción a lo largo del sermón bastaba para detectar al predicador no penetrado<sup>12</sup>.

De nada valían aquí, entonces, los estudiados gestos o las mal avenidas poses afectadas; el predicador podría “parapetar” su pensamiento detrás de sus palabras pero la expresión que a ellas daba su cuerpo al final le detectaban. Era, pues, principio vital y necesario, que quien hablara, hablara con verdad y sentimiento, ya que del corazón siempre debería partir la acción. Para ello, era necesario que quien hablara sintiera lo que decía, *porque solo sintiendo lo que se dice*, afirmaban las retóricas, *se podía dar al gesto la belleza conveniente y natural que pedían los oyentes*<sup>13</sup>.

Ya en el púlpito, la primera actitud que convenía guardar con mesura y no menos comedimiento era la de todo el cuerpo que, en su “representación”, debía estar bien posicionado. Comenzada la acción no debía estar tan excesivamente quieto y “envarado” como si pareciera una estatua, ni *demasiado tieso como los hombres todos de una pieza*<sup>14</sup>; derecho sí, pero no enhiesto ni arrogante. Y nunca debían permitirse ciertas licencias que pudieran parecer de muy mal gusto, como el balancearse o encorvarse<sup>15</sup>; y, aunque pocas veces debería tender el predicador a doblar el cuerpo a un lado u otro, *inclinarlo de cuando en cuando ligera y graciosamente hacia el auditorio*<sup>16</sup>, siempre que el tono del sermón lo requiriera, podía en algunos casos manifestar empatía, acercamiento y cordialidad.

El rostro, irradiando cercanía y afabilidad, debía siempre conformarse a la frente y a los ojos, y éstos, sabiendo estar según lo

<sup>12</sup> Cf. José Ramos Domingo, *op. cit.*, 258-259.

<sup>13</sup> Antonio Sánchez Arce, *Lecciones de Oratoria Sagrada*, Viuda e hijos de Zamora, Granada 1872, 231.

<sup>14</sup> Miguel Pratmans, *op. cit.*, 446.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> Joaquín Rubio y Ors, *Manual de Elocuencia Sagrada*, Imprenta de Luis Gracia, Valladolid 1858, 269.

que se tratara. Y así, por lo tanto, en este lenguaje singular, la cabeza no debía estar *demasiado erguida, ni inclinada, ni caída a un lado, ni muy tiesa, pues lo primero era señal de orgullo, lo segundo de bajeza, lo tercero de flojedad y lo cuarto de tristeza de ánimo*<sup>17</sup>; era conveniente que ésta, desde el principio, estuviera *bien colocada y en justo medio para que en su posicionamiento ejerciera siempre libre y natural*<sup>18</sup>; y en el mismo lenguaje que con ella debía aparejarse la mirada, advirtiendo *que ésta nunca corriera con vaguedad, pero que tampoco estuviera fija e inmóvil*<sup>19</sup>, porque podía resultar de mucha impropiedad hacerla permanentemente posar en objeto o en persona particular<sup>20</sup>.

Las manos, elemental sintaxis por las que preferentemente hablaba el cuerpo, eran, con sus requeridos movimientos, la parte principal de la acción en el predicador. Ellas, tenían que saber acoplarse conjuntamente desde el principio a fin con el sentido de las cosas que se iban diciendo; de otra manera su acción se antepondría o pospondría a la voz, dejándose de esta manera percibir desagradables disonancias<sup>21</sup>. La mano derecha era siempre la encargada de arrancar el movimiento, conduciéndose éste desde el lado izquierdo para parar en el derecho. El auténtico protagonismo de la acción correspondía a la mano derecha; la izquierda podía ejercer su acción de complemento a la derecha, bien para aseverar, repudiar o desechar alguna cosa. Vicio reprochable era alargar la palma de la mano, extendiendo todos los dedos, al modo de los que piden limosna, o hacer con ella movimientos verticales *como si se quisiera con ella cortar el aire*<sup>22</sup>, o dejarlas bruscamente morir en su acción *sin antes haber terminado toda la sentencia a las que estaban destinadas a acompañar*<sup>23</sup>. Nunca debían de levantarse más arriba de los ojos, ni bajar más allá de la cintura, y cuando una estuviera en acción, la otra, *no era conveniente que se pusiese en juego, sino más bien tenerla levemente retenida, en el pecho o simplemente apoyada sobre el púlpito*<sup>24</sup>. Y en todo este accionado de

<sup>17</sup> *Id.*, 268.

<sup>18</sup> Antonio Sánchez Arce, *op. cit.*, 386.

<sup>19</sup> *Ibidem.*

<sup>20</sup> Cf. Joaquín Rubio y Ors, *op. cit.*, 271.

<sup>21</sup> En dicha conjunción de la voz con el gesto se solía citar siempre aquí el magisterio preceptivo de Fray Luis de Granada, *Los seis libros de la Rhetórica Eclesiástica*, Juan Solís, Barcelona 1770, Lib. VI, cap. VI, n° 7, 436.

<sup>22</sup> Joaquín Rubio y Ors, *op. cit.*, 270.

<sup>23</sup> *Ibidem.*

<sup>24</sup> Antonio Sánchez Arce, *op. cit.*, 387.

las manos también los dedos debían de mostrar su adecuada compostura, no siendo conveniente mostrarse separados ni exageradamente doblados y, mucho menos, hacerlos mover con ligereza<sup>25</sup>.

Los hombros nunca se debían de levantar; solamente a los brazos se les permitía moverse con cierta moderación, y cuando así se hiciera, nunca debían de alargarse, excepto en los afectos vehementes, pero con mesura, porque fácilmente podría caerse en el desagradable vicio de mover el codo. Acción igualmente reprobable era el extender los brazos *como un lidiador, dejarlos caer por su propio peso o hacerlos aparentar descolgados con descuido*<sup>26</sup>; tampoco era procedente extenderlos a manera de los que están crucificados<sup>27</sup>.

Y aunque pareciese de menor atención, gran parte del éxito en el accionado, estaba supeditado a una buena posición del predicador en el púlpito. Para ello, era conveniente el tener situados o posicionados bien los pies, que eran los que sostendrían y harían *bien nacer* durante el sermón *la seguridad, el aplomo, la gracia y la nobleza*<sup>28</sup>. Por consiguiente, era necesario colocarlos en la postura en que mejor pudiera sostenerse el cuerpo, la cual debía ser aquella en que si adelantara un poco el pie derecho para, en la acción, poder afirmarse en él al inclinarse<sup>29</sup>, dando seguridad a su accionado.

Con el nacimiento de la fotografía toda esta normativa que hasta aquí hemos comentado, y en su relación al accionado oratorio, comenzó a ser especificada de manera figurativa en sus correspondientes ademanes, gestos, posturas, actitudes y movimientos expresivos. Sírvanos como ejemplo el tratado de *La Declamación en la Oratoria Sagrada* de P. Antonio de P. Díaz<sup>30</sup> y la ya citada *Guía del Orador* de Fr. Manuel Jesús David Alejaldre, tratados ambos donde se incorpora

<sup>25</sup> Miguel Pratmans, *op. cit.*, 449.

<sup>26</sup> *Id.*, 450.

<sup>27</sup> Cf. Fray Luis de Granada, *op. cit.*, Lib. VI, cap. VII, nº 9, 440.

<sup>28</sup> Joaquín Rubio y Ors, *op. cit.*, 268.

<sup>29</sup> *Ibidem.*

<sup>30</sup> P. Antonio de P. Díaz, *La Declamación en la Oratoria Sagrada*, Corazón de María, Madrid 1915. Dentro del tratado, el capítulo XI, titulado “La expresión dinámica”, se compone de los siguientes apartados sobre el accionado oratorio: I. “Dinámica del cuerpo”; II. “De la cabeza”; III. “Del semblante”; IV. “Dinámica de los ojos”; V. “Dinámica de los brazos y de las manos en general”; VI. “Dinámica de brazos y manos en particular”. “Ademanes diferentes”; VII. “Resumen general de los ademanes y gestos”; VIII. “De algunos defectos más comunes contra la dinámica oratoria”.

detallada y secuencialmente toda la compleja representación iconográfica del gesto en el púlpito. Y aunque ciertamente ambas ediciones lleven la fecha de 1915 y 1924, consideramos no obstante que estamos ante dos auténticas reliquias del arte de la declamación decimonónica, ya que en los dos preceptistas, además de nacer en la segunda mitad del siglo XIX, se deja notar en sus obras una clara referencia ambiental con las retóricas de Rubio y Ors, Prاتمans y Sánchez Arce.

Por tanto, dado su alto valor icónico-documental, decidimos aquí y en este instante incorporar casi íntegramente a nuestro estudio uno de los capítulos específicos de dicho accionado oratorio que, con sus correspondientes “fotograbados” y comentarios paralelos, nos ejemplifica e ilustra la retórica de Fr. Manuel Jesús Alejaldre; nos referimos al capítulo IX, expuesto y desarrollado en veintinueve apartados y treinta figuras; capítulo, pues, éste, que ya transcribimos y sintetizamos como a continuación sigue:

I. La presencia del orador en el púlpito debe ser humilde, sin afectación ni jactancia; su posición recta, sin orgullo ni dejadez, antes bien con naturalidad, apoyando ligeramente ambas manos en el pretil del púlpito.





II. Al accionar, con cualquiera de las manos, si circunstancias especiales no exigen otra cosa, se hará de la forma siguiente: el dedo índice extendido y casi recto; los dedos corazón, anular y meñique algún tanto recogidos y encorvados, y el pulgar algo elevado.



III. Con los dedos en esta posición se hablará en forma expositiva o narrativa, pero moviendo uno o ambos brazos a la vez, de modo que, con pausa, se dirijan del centro hacia su correspondiente lado.



VI. Cuando lo que se eleva, sube, se hincha, etc., es algo sutil, como el humo, la espuma, etc., la palma de la mano estará mirando arriba, y como sosteniendo una pelota con las yemas de los dedos:





VII. El semblante se debe mostrar sonriente, aunque con cautela y sin afectación, alegre y expresivo, en las cosas agradables; ceñudo y severo en las desagradables; amenazador en las reprobativas; encendido en las imprecativas; y en las caricativas amonestaciones cariñoso, compasivo y amable:

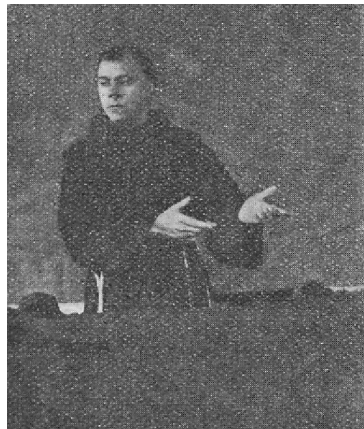


IX. Al manifestar ideas trascendentales y pensamientos profundos, extenderemos el brazo con moderación, y, vuelta la palma de la mano al auditorio e inclinadas un poco las extremidades de los dedos, haremos, con el brazo, un movimiento pausado, del centro hacia su lado correspondiente:



X. Este mismo ademán, hecho con ambos brazos a la vez, y algo más elevados, puede servir para significar lo que con profusión se derrama y las grandes extensiones o dilatados espacios:

XI. Teniendo uno de los brazos extendido, y el otro en la misma dirección, pero en forma tal que las extremidades de la mano que a este último corresponde estén casi tocando al codo del brazo más saliente, indicaremos el lugar, dirección, etc., y haremos que los oyentes pongan su mirada y atención en determinado objeto, con tal que las palmas de las manos permanezcan mirando hacia arriba y tengamos el dedo índice extendido y los demás algo encorvados, dirigiendo el rostro hacia el auditorio, pero en dirección opuesta a la que guardan los brazos:



XII. Para lanzar un reto o dirigir alguna reprensión, sobre todo si lo hacemos por medio del interrogante o del apóstrofe, dará muy bien el cruzar los brazos, o levantar el brazo derecho dirigiéndolo hacia aquel a quien pretendemos interrogar o apostrofar:





XIII. Cuando queremos reclamar la atención o especial silencio, por la importancia de lo que vamos a manifestar, con el brazo extendido y la palma de la mano hacia el auditorio, haremos un pequeño movimiento con los dedos, como cuando le decimos a uno que se acerque hacia nosotros. También se puede colocar el índice de la mano derecha enfrente del rostro y cruzado ligeramente sobre los labios.



XIV. Cuando se interroga algo que afecta de alguna manera a la persona que habla, colocadas las manos casi juntas y con las palmas vueltas hacia uno mismo, se tocará en el pecho con los dedos meñique, anular y corazón, permaneciendo recto el dedo índice.

XVI. 1) Si deseamos indicar suma exactitud y precisión en algo, unimos los dedos índice y pulgar, por sus yemas, haciendo como si depositásemos una moneda en la mano de un mendigo, o como si sostuviésemos una plomada.



2) El accionado más natural, gracioso y expresivo en el hombre es, sin género de duda, el que tiene lugar con el índice extendido y recogidos los restantes. Con este accionado señalamos, indicamos, negamos, reconvenimos, retamos, etc.



XVII. Los movimientos de confusión, atropellamiento, desorden o agitación turbulenta, pueden indicarse con una mano colocada sobre la otra, aunque algo separadas, imprimiéndoles un movimiento alternativo giratorio o rotatorio:



XIX. Con el puño cerrado y puesto debajo de la barba junto al pecho, o algo elevado el brazo teniendo el índice extendido y casi tocando con la sien, humilde la vista y un poco baja la cabeza, se manifiesta que está discurriendo; la profundidad y la trascendencia que tiene o puede tener lo que se está por decir; la indecisión en lo que se va a hacer; la reconcentración de los sentidos o potencias:



XX. Para dar a entender lo palpable de una cosa; lo que dice un libro, o un documento cualquiera, con el dorso o con la cara de las extremidades de los dedos de la mano derecha se toca en la palma de la mano izquierda, que deberá estar mirando al auditorio y a la altura del talle o también a la del hombro de su lado respectivo.



XXI. Cuando uno habla de sí mismo para manifestar su intervención, su parecer y aun su negativa en algún asunto, teniendo los dedos meñique, anular y corazón recogidos y el dedo pulgar un poco levantado, tocará ligeramente su pecho con el dedo índice extendido.



XXII. La ruta, el camino a seguir, la senda que a determinado lugar conduce, etc., pueden indicarse con las palmas de las manos mirando la una enfrente de la otra, pero separadas y más hacia fuera la que pertenece al lado hacia el cual nos dirigimos, al cual debe también mirar el rostro.



XXIII. Para demostrar lo patente o la sencillez de lo que se expresa, dar ánimo, indicar la facilidad de llevarse a la práctica, ambas manos se colocan en la misma posición en que pondríamos la derecha para implorar una limosna.



XXIV. Para indicar desprecio, aborrecimiento, horror y repugnancia, se vuelve y aparta el rostro a un lado, tornando un poco el cuerpo hacia el mismo lado, mientras una o ambas manos, con las palmas levantadas y hacia fuera, se dirigen al lado contrario como queriendo impedir la vista de aquello que aborrecemos.



XXV. El asombro, el anonadamiento, la vergüenza, la confusión, etc., se darán a entender por medio del accionado, colocando las manos junto a las sienes, aunque sin tocarlas ni mucho menos asirlas, bajando al mismo tiempo la cabeza y encogiendo algo el cuerpo:



XXVI. Las manos juntas, pero cruzados alternativamente los dedos de la una con los de la otra, o unidas las palmas de ambas manos de suerte que doblados los dedos caigan los de la derecha sobre un lado del dorso de la izquierda y viceversa, permaneciendo éstas junto al pecho, sirven para los pensamientos admirativos o ponderativos y profundos.



XXVII. En las súplicas apasionadas y tiernas, la cabeza, algún tanto levantada; los ojos, fulgurantes y expresivos, permanecerán elevados y las manos tendidas hacia aquel a quien nos dirigimos en nuestra súplica, pero con la mano derecha más alzada y saliente que la otra.



XXVIII. El mismo accionado puede usarse en la plegaria y en el éxtasis, pero dándole distinta expresión al rostro, pudiendo variar la posición de las manos, teniéndolas ya caídas con las palmas mirando arriba, ya cruzadas y pegadas al pecho:



XXIX. Puede moverse un poco la cabeza atrás y adelante, pero con lentitud, en algunas admiraciones profundas, cuidando de que los ojos miren hacia arriba, y teniendo los brazos caídos con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, o también colocándolas a la altura del pecho y en la misma forma<sup>31</sup>:

<sup>31</sup> Fr. Manuel Jesús David Alejaldre y Villar, *Guía del Orador...*, Cap. IX, III: "Reglas particulares para el accionado oratorio", 152-177. Fr. Manuel, antes de presentarnos las reglas del accionado, y dada la poca calidad de la reproducción de algunas figuras, se disculpa ante sus lectores con la nota siguiente: *Para que se pueda formar alguna idea aproximada, ilustraremos esta parte de la obra con algunos fotograbados, que, aunque no del todo perfectos, serán suficientes para poder apreciar los principales accionados de que hacemos mención en estas reglas.*

Asentada toda esta normativa del accionado oratorio, y junto a ella, no se olvidaban tampoco las retóricas de aludir a ciertos vicios y costumbres que igualmente también convenían borrar y alejar del púlpito. Y de entre ellos, primeramente, se solía aludir al cuidado que debían poner algunos predicadores a la hora de saber contener sus imprevisibles evacuaciones o urgencias naturales. En efecto, hablamos aquí de la reprochable costumbre que ciertos oradores sagrados tenían de escupir en medio del sermón fuera del púlpito, sin *deparar a donde iba a parar su saliva*<sup>32</sup>. En este sentido, para evitar desagradables sorpresas, se aconsejaba a los constructores de púlpitos que los diseñaran amplios y espaciosos para que *quien tuviese necesidad pudiera escupir dentro*<sup>33</sup>. No obstante, y a pesar del consejo de las retóricas, tan desagradable ejercicio natural no pareció haberse corregido fácilmente, ya que bien avanzada la segunda mitad del siglo todavía alguna retórica decimonónica sigue criticando esta desagradable costumbre que no hace más que tener al auditorio pendiente y mortificado; por tanto, reclama, aquí, la retórica de D. Miguel Pratmans al predicador que, por haber ya cambiado los tiempos y las normas higiénicas, *es ya menester evitar con gran cuidado el escupir demasiado a menudo y sobre todo caer la saliva sobre los oyentes*<sup>34</sup>.

Igualmente reprochable en el dictado oratorio era el uso e incorporación de ciertos aderezos en medio de la ejecución del sermón. Hablamos, por ejemplo, del pañuelo, que muchos predicadores, al igual que actores en la escena, solían utilizarlo en modos elegantes y estudiados remedando con cierto aire de tono afectado una obligada tos supuesta<sup>35</sup>. Sabemos que algunos predicadores cuidaban en exceso que

<sup>32</sup> De tan antihigiénica costumbre ya se ocuparon abundantemente nuestras retóricas clásicas. Sirva como referencia y ejemplo Fray Agustín Salucio, *Avisos para los Predicadores del Santo Evangelio*, Edición del P. Álvaro Huerga, Juan Flors, Barcelona 1959, 188 y Miguel de Salinas, *Rethorica en Lengua Castellana*, Guillermo de Brocar, Alcalá de Henares MDXLI, cap. XXXIII, Fol. 72 v-73 r.

<sup>33</sup> De escupir dentro del púlpito así se excusaba D. Francisco Terrones del Caño en su *Arte o Instrucción, y breve tratado, que dize las partes que a de tener el predicador Evangélico: como ha de componer el sermón: que cosas a de tratar en él, y en que manera las a de decir*, Bartolomé de Lorenzana, Granada 1671, cap. V, 155: *Pero, como la necesidad del natural de cada uno le obligue a acudir a ella, no se puede dar en esto regla cierta (...), yo debo de haber predicado más de cuatrocientos o quinientos sermones, y no debo de haber escupido más que en diez de ellos.*

<sup>34</sup> Miguel Pratmans, *op. cit.*, 452.

<sup>35</sup> La primera retórica eclesiástica o de púlpito que se ocupó por primera vez de este asunto fue la de Fray Juan de Segovia, *De praedicatione Evangelica*, Brixiae 1586, prólogo LXXII.

se les viera que los usaban, bien situándolo con excesiva ceremonia al canto de la barandilla del púlpito, *poniéndolo desde el principio en sitio bien visible para que se le vieran*<sup>36</sup>. Para todos estos émulos de la escena dirige su crítica la *Guía del orador* de Fray Manuel David Jesús Alejaldre, ya que no hacen más que *desplegar el pañuelo con mucho tono y pretensiones de urbano, pasándolo por las manos, el rostro y la cabeza, como si se hallasen fatigados y sudorosos, aun cuando estén helándose de frío*<sup>37</sup>. Pero contra esta costumbre de utilizar ridículamente el pañuelo en medio del sermón mayor atención dedicará en su crítica el tratado de *Declamación* del P. Antonio de P. Díaz:

¡Oh, el pañuelo! Se ha conquistado entre oradores modernistas una simpatía colosal. Apenas ganan el púlpito, y toman posiciones, sacan su blanquísimo, su níveo pañuelo, lo extienden con donaire gentil, y, como pudiera extender su legítimo Manila en el antepecho de su palco en la plaza de toros, la más genial sevillana, dejándolo colgado hacia fuera, viéndose la cifra bordada. ¿No es esto una verdadera profanación? Pero y ¿qué la justifica? ¿El tener que enjugar el sudor? Para ello no hay necesidad alguna de extenderlo en el pretil del púlpito; no urgirá tanto el sudor, que no dé tiempo para sacarlo del bolsillo cuantas veces fuere menester. ¿Que con el sudor de la mano puede bordearse la abertura del bolsillo de la sotana? Que se bordee y se ensucie; cosa harto más sensible es que se resientan el respeto y la seriedad en el templo. ¿Que no parece muy estética la acción de echar mano al bolsillo? Ahí del arte del orador: sepa estetizarla, que bien puede hacerlo, sea ladeándose un poco, sea de otra suerte. Además, si a ellos les puede parecer elegante su práctica, tengan por muy sabido que no les parece así a los oyentes sensatos. Más de una vez hemos oído censuras harto acres sobre esta costumbre de no reconocido fundamento. Si con franqueza les hablasen muchos de los que los adulan o lisonjean, a estas horas hubieran desterrado tal costumbre<sup>38</sup>.

Apuntados todos estos “avisos” y llevados siempre “a cuenta” como preceptiva a seguir, el sermón podía ya conseguir y alcanzar su pretendido efecto: rendir las voluntades para convertir las almas. Instante, entonces, final, en el que el predicador, habiendo definitivamente

<sup>36</sup> *Id.*, 421-422.

<sup>37</sup> Fr. Manuel David Jesús Alejaldre, *op. cit.*, 305-306.

<sup>38</sup> P. Antonio de P. Díaz, *op. cit.*, Cap. XIII, 312-313.

desatado las emociones, y en decorosa compostura desde lo alto del púlpito, transido y metamorfoseado, quedaba finalmente retratado en instantánea devota por los benevolentes ojos de sus rendidos y entregados oyentes.

### SUMARIO

El presente artículo aborda el instante y proceso en que tomaba vida y corporeidad la acción oratoria del siglo XIX. Es necesario para comprender todo el rico lenguaje de las cadencias, flexiones, ondulaciones y sonoridades varias de la predicación sagrada, no solamente la lectura del sermulario, sino penetrar en la voz y el gesto, es decir, en lo que en un instante fue vida y difícilmente puede transcribirse al papel. Todo predicador, antes de comenzar el sermón, debía haber previsto una serie de circunstancias y protocolos: dónde había de ejecutarse el sermón, la disposición de los púlpitos, una correcta pronunciación, con una natural conjunción de la voz y el gesto. Así pues, al autor de este estudio, tomando como ejemplo el tratado de *La Declamación en la Oratoria Sagrada* de P. Antonio de P. Díaz y la *Guía del Orador* de Manuel Jesús David de Alejaldre, nos ilustra detallada y secuencialmente toda la compleja representación iconográfica del gesto en el púlpito.

### ABSTRACT

This paper deals with the moment and process in which the XIXth century oratory came into life and gained corporeity. In order to understand the full and rich language of the different rythms, inflections, undulations and sonorities of the holy preaching, it is necessary not only reading the sermonary, but also getting to the root of voice and gesture, i.e., of what was life for an instant and can be difficulty transcribed into paper. Any preacher, before starting a sermon, must have anticipated a series of circumstances and formalities: where the sermon had to be performed, the arrangement of the pulpits, a correct pronuntiation, together with a natural conjunction of voice and gesture. Thus, the author of this

paper, taking as examples the treatise “The Declamation in the Holy Oratory” by P. Antonio de P. Díaz and the “Guide for the Orator” by Manuel Jesús David de Alejaldre, instructs us in a detailed and sequential way about the whole complex iconographical representation of gestures at the pulpit.